

MÍNIMA MAGIA

ERNESTO PRIANI SAISÓ

No es fácil, tras los escombros de una racionalidad que quiso sepultarla, hablar de la magia. Subsisten prejuicios, permanece el escepticismo hacia todo lo que no sea absolutamente racional, pero, sobre todo, y como novedad, comienza a haber una imagen romántica, inspiradora del mago medieval y renacentista, que juega a hacer de él un héroe posmoderno, y que tampoco le hace justicia.

El problema es que quizás se ha abusado de exponer la magia a partir de la descripción de los orígenes del hermetismo, en el siglo II, y su continuidad a lo largo de la Edad Media hasta el Renacimiento, caracterizando las formas y variantes de una concepción del hombre y del cosmos, así como de la actividad humana, que le da cuerpo teórico a lo que hoy conocemos como magia medieval y renacentista.

Pero esta visión, que acusa los defectos de ser demasiado teórica, porque la exposición de las ideas de un cierto número de libros que contienen los “fundamentos teóricos” de la magia —como pueden ser el *Picatrix*, la *Tabla esmeralda*, la *Filosofía oculta* de Agrippa o los *Libros de la vida* de Marsilio Ficino, entre otros—, dice apenas nada de ese otro costado, menos claro, menos asible, menos noble, de la magia, que es su práctica. Porque sí, la magia es, también y quizás, sobre todo, una práctica: “la magia se divide en dos parte, teórica y práctica [...] La práctica reposa en los tres reinos y en las fuerzas que los planetas propagan en ellos y a las que, según los que lo han estudiado, expresan en sus propiedades” (*Picatrix*, 38).

Pero ¿qué quiere decir que la magia sea una práctica?

Por lo general, lo que entendemos por práctica es algo que se dice o se refiere a los actos. Pero está claro, también, que no se refiere a un acto aislado, sino más bien a un conjunto de actos que tienen como característica el que son ejecutados de manera deliberada y consciente, como de forma recurrente y sistemática, y que, en su conjunto, persiguen un mismo fin.

Así, por ejemplo, correr es una práctica cuando se hace de manera deliberada, recurrente, sistemática y con la finalidad, ya sea de ganar competencias, mantenerse saludable, etcétera. Y sí, la idea de práctica está vinculada a la noción de ejercicio, no en términos de cultura física, pero sí en términos de perfeccionamiento constante de una habilidad o una técnica.¹

En este mismo sentido la magia es una práctica; y, en esa medida, la magia es también un ejercicio. Pero, ¿qué clase de actos son ejercitados por la magia?

¹ La idea de práctica y de ejercicio están a la vez vinculadas con otra noción, la de arte. De ahí que también que a menudo se hable de las artes mágicas. No utilizo este último término aquí para hacer énfasis en el carácter práctico de la magia, más que en su naturaleza técnica.

Para responder a esto habría que decir que, en realidad, la magia no es una sino varias prácticas distintas: la astrología, la magia blanca —que incluye la producción de talismanes, el uso mágico de los olores, alimentos, plantas, palabras, cantos, gestos y danzas, además de la numerología—, y la alquimia.²

Cada una de estas tres prácticas se distingue por la materia y la técnica de sus actos, y coincide en la sustancia y en la finalidad de sus actos. Así, por ejemplo, la astrología tiene por materia las propiedades de los astros y por técnica un sistema de interpretación del significado de esas propiedades a partir de su ubicación en el cielo y sus relaciones. La magia blanca, por su parte, tiene por objeto las propiedades ocultas de las cosas y por materia sus vínculos. Finalmente, la alquimia tiene por objeto las propiedades de la “materia primera” (metales, piedras, etcétera) y por técnica sus relaciones de amistad y odio, y sus medios de mutación.

Todas coinciden, sin embargo, en su sustancia, que de acuerdo con el *Corpus hermeticum* puede ser descrita como sigue:

Todo desciende del cielo sobre la tierra, sobre el agua y sobre el aire. Del fuego solamente lo que tiende de abajo hacia arriba es vivificante; lo que sube. Pero todo lo que desciende de arriba es generador; todo lo que exhala hacia lo alto es nutriente. La tierra, única que permanece en reposo en su sitio, es el receptáculo de todas las cosas, recibe en ella todos los géneros, y los hace hacer de nuevo [...] El alma y el mundo, abrazados por la naturaleza, son puestos por ella en movimiento, con una diversidad en el aspecto multiforme de cuanto toma forma [...] que se reconocen un número infinito de especies las cuales, aunque se distinguen por la diferencia de sus cualidades, están sin embargo unidas de forma tal que el todo parece uno y que todo parece salido de lo uno. (*Corpus Hermeticum*. “Asclepio”, 2)

O que, siguiendo la *Tabla esmeralda*, puede enunciarse de la siguiente manera: “Lo que está arriba es como lo que está abajo, y lo que está abajo es como lo que está arriba, para realizar los milagros de una sola cosa”. (Shumaker, *The Occult*, 179)

Así, todo acto mágico parte de entender de una manera el problema de la naturaleza de la creación. Es decir, se funda en la inquietud que surge de comprender de cierta forma las relaciones entre lo divino y lo material, lo alto y lo bajo, lo divino y lo celeste, que se puede caracterizar de la siguiente manera: detrás de la multiplicidad de las cosas se entrevé la existencia de un principio unitario, por el cual todo fenómeno u objeto, en el ámbito de la multiplicidad, nunca está aislado, sino que

² A propósito de esta división de la magia puede consultarse Wayne Shumaker, *The Occult Sciences in The Renaissance* y Richard Kieckhefer, *La magia en la Edad Media*. Ambos, sin embargo, incluyen la brujería como práctica mágica. Sin embargo, aquí no incluyo el fenómeno de la brujería por considerarlo muy diferente de la magia. La ausencia de documentos no inquisitoriales permite dudar de la existencia de las brujas y, por ende, de la existencia de una práctica de la brujería (Cf. Elia Natán, “Inquisición, confesión y tortura en la persecución de las brujas”), mientras que los documentos existentes en las cortes anteriores al *Malleus maleficarum* nos permiten hablar de prácticas mágicas que difícilmente nos permiten atribuirlos como propios de la brujería. Por otra parte, Giordano Bruno distingue hasta doce prácticas diferentes de la magia en su opúsculo *De magia*. En esta división destacan sobre todo la magia negra de la que aquí no me ocuparé ni por otra razón que la falta de espacio para discutir el sentido y la posibilidad de la magia negra.

guarda relación con la totalidad del resto de la creación, porque todo, a la vez, desciende del uno.

Pero como señala el *Corpus*:

[...] es tan gran maravilla el hombre, animal digno de reverencia y honor. Pues pasa a la naturaleza de un dios como si él mismo fuera dios; tiene tratos con el género de los demonios, sabiendo que ha surgido del mismo origen [...]. Tal es su posición, su privilegiado papel intermedio que ama a los seres que le son inferiores y es amado por aquellos que lo dominan. (*Corpus Hermeticum* “Asclepio”, 6).

Porque, como el hombre ocupa un lugar privilegiado, es el único que puede dar cuenta del origen unitario de la multiplicidad. Es capaz de percibir los vínculos entre lo de arriba y lo de abajo, de tener “trato con los demonios”, que son los mensajeros entre los dos horizontes de lo existente ya que él es, en sí mismo, un vínculo, y por eso, testigo privilegiado de toda la creación.

Así, la sustancia común a todos los actos mágicos es, por una parte, el origen unitario de lo múltiple, que supone la existencia de vínculos entre todas las cosas. Pero, por otra, el testimonio que el hombre puede dar de la existencia de esos vínculos, que no es sino una ansiedad: la de luchar contra la dispersión del tiempo y de la materia como contra un caos que busca disolverse en la nada, para alzarnos en pos de una unidad perenne e inmortal, que es la del uno.³

La finalidad que comparten todos los actos mágicos es, precisamente, la de dar respuesta a esa inquietud. La de constituirse en una forma de lucha contra la dispersión del tiempo y de la materia, y como una búsqueda permanente de la unidad, en la dinámica del devenir y del mundo.

Cada acto mágico, ya sea el que produce el talismán o el que da respuesta con los astros a una pregunta sobre el incierto futuro, no busca la trascendencia del hombre. Al contrario, persigue algo muchísimo más modesto, muchísimo más tangible: su paz interior, su tranquilidad, su certeza mientras avanza a lo largo de este en apariencia azaroso e indescifrable mundo temporal.

Pero, ¿cómo decirlo de otro modo? Todo esto suena muy bien y parece muy claro: el mago se enfrenta al temor por la incertidumbre de la vida, el miedo a la dispersión y utiliza los astros, los perfumes o los metales, con ciertas técnicas muy precisas, para ofrecer una respuesta a ese temor, ofrecer un acto propicio para dispersar la incertidumbre, restituir la confianza, probar de nueva cuenta que existe una unidad detrás del frenesí de la multiplicidad.

Sin embargo, yo sé que esto aún no es suficiente para entender qué puede implicar la práctica de la magia, el hecho radical de dejar de decir qué maravilla es el cosmos y poner manos a la obra. Proceder a construir objetos, a preparar pócimas, a relacionar números y hacer cuentas que descubren significados: leer en el número 14 o en el 6665, las formas de un destino probable o la seguridad de un amor cierto.

³ Para profundizar en esta idea del hermetismo y de la magia en general, que debe mucho al gnosticismo, se puede consultar, Ernesto Priani, *Magia y Hermetismo*, p. 115s

La cuestión ahora es que no basta con entender cómo, cuándo, de qué manera, ni siquiera por qué o para qué. Es necesario hacer.

¿Hacer o creer? La manipulación de fantasmas

Talismán para juntar a un amante con su amado y para que la intimidación dure. Haz la figura de ambos a la hora de Júpiter, con la cabeza ascendente, la Luna en Venus relacionados con ella o conjuntados con ella y el regente de la casa siete relacionado con el regente del ascendente por trígono o sextil, relación de recibir. Entrelázalos y entiérralos en el sitio del amante. Este se hace también para un hombre que se apartó de su familia y se quiere que vuelva a ella. (*Picatrix*, 53)

Se suele decir a menudo que los hombres del Renacimiento o del Medievo creían en la magia. Esto sería tanto como afirmar que los hombres de la actualidad creen en la ciencia.

Hay algo de inexacto en ello, y es el hecho de pensar en la necesidad de la creencia —como la necesidad de fe en la religión— para que se practique la magia. Lo inexacto aquí, como en el caso de la inexactitud de decir que en la ciencia se cree, es que en realidad, una y otra, magia y ciencia tienen otro soporte además de la convicción: la magia como la ciencia se ejecuta, se hace, se practica, se lleva a cabo. Ese otro costado es el que se olvida: yo no me voy preguntando en qué creo cuando me lavo los dientes, dejo de pasar bajo una escalera, o no me visto de negro. Simplemente lo hago: es un ejercicio de algo mucho más complejo que una simple creencia: una sensibilidad construida y modelada en torno a y al rededor de un grupo de estructura de prácticas que conforman el estilo de nuestra vida. La magia es, necesariamente, una de esas estructuras, no una simple creencia, es una forma de sentir y de vivir y experimentar el mundo.

Tomemos un ejemplo: el talismán que, junto con los filtros, es el modelo más perfecto y acabado de la magia, porque implica el uso de la astrología y de la alquimia, opera a partir de sola construcción y ésta, que debe emprender uno mismo o encarar a un mago, adquiere su valor y su significado precisamente por el hecho de ser emprendida.

Es decir, la fuerza del talismán no depende —y no puede hacerlo— de la creencia en los vínculos que unen las fuerzas celestes, sino poder que le confiere a un objeto la acción de construirlo, el gesto de hacerlo. Porque es ahí donde cobra el significado para lo que ha sido hecho. Y un significado tan concreto como tú mismo y el momento, es decir, el día, la hora, el lugar, en que fue producido.

Toma el ejemplo que citamos. Si tu emprendes la construcción de este talismán, ¿quién es él, quién es ella? Pues para ambos lo has construido y eso ya es un hecho, ya es un acto, que tiende a perpetuar lo que persigue.

Tomemos otro ejemplo: una carta astral. Encárgala y escucha su interpretación. ¿Puedes realmente ignorar el hecho de que parece que habla de ti? ¿Puedes ignorar que está diciéndote cosas sobre quién eres?

Podrás ser escéptico y descreer en lo que dice, pero no ignorar que fue hecha para ti y que a ti se refiere, porque es ya un acto que te concierne, que te implica, casi como si a alguien le hubieras pedido que te recitara un poema y te explicara qué significa.

Y es que estos dos rasgos centrales de la magia: que constituye un acto y que tal acto es tan concreto que sólo tiene sentido para una situación y para unas personas en particular, nos permiten ver que la efectividad de la magia no emana de la creencia —pues no necesariamente el destinatario del talismán o de la pócima ha de creer en ello— ni de la prueba empírica de la existencia de una relación de causa y efecto entre ciertos actos mágicos y acontecimientos: la particularidad de la magia hace imposible hacer una generalización de este tipo.

No, la efectividad de la magia no proviene ni de una ni de otra, sino de algo que en la Antigüedad llamaron la manipulación de los fantasmas.

Tres cosas hay sin duda en nosotros: alma, espíritu y cuerpo. El alma y el cuerpo son de naturaleza muy diferente, y se unen por medio del espíritu, el cual es un cierto vapor sutilísimo y lucidísimo, engendrado por el calor del corazón desde la parte más sutil de la sangre. Y esparciéndose de aquí por todos los miembros, toma la virtud del alma, y la comunica al cuerpo. Toma también por los instrumentos de los sentidos las imágenes de los cuerpos de afuera; imágenes que no se pueden fijar en el alma porque la sustancia incorpórea, que es más excelente que los cuerpos, no puede ser formada por ellos mediante la recepción de las imágenes; pero el alma, por estar presente en el espíritu, en todas partes sin esfuerzo ve las imágenes de los cuerpos como reluciendo en un espejo, y a partir de ellas juzga a los cuerpos. Y tal conjunción es llamada sentido por los platónicos. Y mientras mira, por su virtud concibe en sí imágenes semejantes a aquéllas, y aun más puras. Y tal concepción se llama imaginación y fantasía. (Ficino, *De amore*, 112)

Así explica Marsilio Ficino, en el Renacimiento, la naturaleza de una facultad peculiar que es la fantasía.⁴ Lo importante para nosotros, sin embargo, es que en este pasaje, Ficino está explicando el fenómeno de la percepción de la unidad en la pluralidad, y de la pluralidad en la unidad, como producto de un reflejo, de un simple espejismo.

Me explico: tal como dice el texto citado, el alma trasmite su virtud —que en este caso es el carácter unitario del alma— al cuerpo a través del espíritu, que a su vez lo refleja a todo lo largo del cuerpo. Por su parte, las imágenes que los cinco sentidos forman a través de la percepción, son reflejadas en el espíritu para que el alma las vea transmitiendo su virtud, en este caso la multiplicidad, a la unidad del alma.

⁴ Ciertamente que la llama imaginación y fantasía. Ello se debe a una muy larga historia que puede revisarse en Couliano, *Eros y magia* y brevemente, puede resumirse en lo que sigue: los romanos distinguieron entre fantasía e imaginación atribuyéndole a cada una funciones diferentes. La clara distinción en nombres y la no tan transparente distinción en funciones, hace que Ficino prefiera utilizar las dos a falta de una idea lo suficientemente clara.

Así, en un verdadero juego de espejos, el alma mira la pluralidad en la unidad atemporal del espíritu a través de la fantasía, donde han desaparecido tanto la materia como su pertenencia a la secuencia del tiempo. Así, también, en la fantasía el hombre mira cómo la unidad se manifiesta a los cuerpos como dones que la cohesionan y la unifican, dirigiéndola hacia un solo fin.

En el caso particular de la magia, la fantasía es el terreno fértil al que finalmente se dirige, pues es el espejo donde los gestos o, mejor dicho, los actos particulares de los que se compone se vuelven eficientes, esto es, adquieren significado.

Expliquémoslo. Una acción particular, con un fin tan específico, como puede ser la elaboración de un talismán, que ha sido pensado para, por ejemplo, deshacerse de ciertos enemigos, no está apelando a causas eficientes para desaparecerlos—algo tan simple como contratar a un asesino o hacerse de un arma—sino que se trata de un gesto, un guiño, para que se esfumen sin ni siquiera tocarlos.

Está claro, entonces, que esto no los atacará físicamente, pero que sí les enviará un mensaje, le dirá algo, los hará destinatarios de un sentido: el deseo de su desaparición. Pero es un mensaje que no es expresado como el deseo subjetivo de una persona, sino que es expresado por un objeto tangible que puede encontrarse, de pronto, en algún lugar de su casa o portarlo una o muchas personas como un brazalete.

Este objeto con significado—mucho más que la simple maldición expresada con coraje cuando has sido timado—posee el poder de manipular la fantasía del destinatario a quien van dirigidos, tanto como el de quien lo produce. Sí, porque van dirigida precisamente a ella, a la fantasía que hace que veamos a ciertos hombres con temor, a otros con alegría, y a unos les atribuyamos el bien y a otros el mal.

Tomemos de nuevo el caso de la carta astral: ¿qué pasa si en ella, al interpretarla, aciertan en decir que se te dificulta el amor con las mujeres, o el camino del éxito, o la posibilidad de cumplir una promesa? No es la falta de creencia o la verdad implícita en lo dicho, sino el asentimiento que la fantasía da a lo escuchado, lo que provoca esa sensación de eficiencia.

En este sentido, la eficiencia de la magia no es ni verdadera, ni es real, al menos no en el sentido en que los postulados de la ciencia son verdaderos o falsos, y las acciones físicas pueden ser reales. La eficiencia de la magia es fantástica porque no está en las semillas o los metales de los que está compuesto un talismán, sino en el “poder” atribuido a su significado. De la misma forma, ¿cuál es la verdad de una pócima hecha para que tú te enamores de él? Ninguna, es un mero gesto, algo más apenas que una mirada seductora.

Magia y ciencia. Aproximaciones y distancias

Si, en efecto, la magia resulta un mero juego de espejos, representaciones y fantasmas, ¿por qué ese continuo asociarlo con la ciencia, siendo algo que parece ser tan diferente?

Está claro que para muchos autores la magia influyó, al menos en su vertiente teórica, en la elaboración de la llamada filosofía natural del Renacimiento—de la que incluso llegó a ser sinónimo (Cohen, *Con el diablo*). Por otra parte, hay autores como Shumaker, que afirman que algunas de las técnicas propias de la alquimia, como la sublimación o la fermentación, por citar sólo algunas, fueron heredadas por la química (Cf. Shumaker. *The occult*).

Pero ninguno de estos dos hechos nos permite concluir que la ciencia sea una suerte de continuidad de la magia o que ésta haya sido una especie de pre ciencia.

Si decir algo que de suyo es obvio: entre la magia y la ciencia hubo intercambios, préstamos de elementos teóricos, ideas, técnicas y materiales, sin que esto supusiera la transformación del mago en científico.

Hay dos casos elocuentes: Newton, que sabemos hoy que se interesó vivamente por la alquimia (Cf. Frances A. Yates), sin que nunca se haya dedicado directamente a ella, y por otro lado John Dee, mago dispuesto a demostrar científicamente la naturaleza del leguaje de los ángeles sin, ciertamente, lograr su objetivo.

En ambos, la práctica de la ciencia y de la magia, significaba ver las técnicas y las ideas del otro con curiosidad y atención, pero también con cierta limitación, cierta distancia. No la magia nunca devino ciencia. Antes bien, devino en realidad prácticas más cotidianas, menos sorprendentes y más comunes incluso a nuestros días, en los que, por cierto, no ha desaparecido del todo.

Hay elementos mágicos, según Couliano, en la mercadotecnia, que es el arte de construir fantasías alrededor de objetos y de servicios, algo para lo que, desde antaño, los magos han mostrado ser muy eficientes. Por supuesto, algo de la magia ha ido a parar a los manuales motivacionales, y no es difícil darse cuenta de ello si uno compara, con cierta calma, por ejemplo, el texto de *Sobre el Amor* de Ficino y cualquier manual moderno para ser exitoso en un corporativo.

En fin, hay algo de magia también en los apostadores, en los corredores de bolsa, en los empresarios, en fin, en todas aquellas actividades donde la falta de certidumbre es una condición y para compensarla se busca, lo mismo, la lectura del futuro, la certidumbre de los talismanes, la certeza de la astrología.

Pero todo esto sería, en realidad, un tema muy digno de estudio, amplio y largo, que desgraciadamente no cabe aquí. Lo que si cabe, al final, es la certeza de que la magia es más cercana a un arte de vida, que a un compendio de conocimientos estables y definidos sobre el mundo.

Bibliografía

- AGRIPPA, Enrique Cornelio, *La filosofía occulta o la magia*, trad. Alberto di Fidi. Roma: Edizioni Mediterranee, 1983.
- AGRIPPA, Enrique Cornelio, *La magia de Arabatel*, trad. Julio Peradejord. Barcelona: Obelisco, 1987.
- “Asclepio” en *Hermes Trismegisto, Obras completas*, trad. Miguel Ángel Muñoz Moya. Madrid: Biblioteca Esotérica, 1987.
- COULIANO, Ioan P., *Eros and magic in the Renaissance*, trad. Margaret Cook. Chicago: The University of Chicago Press, 1987.

- COHEN, Esther, *Con el diablo en el cuerpo. Filósofos y brujas en el Renacimiento*. México: Taurus, 2003.
- FICINO, Marsilio, *Sobre el amor. Comentarios al "Banquete" de Platón*, trad. Mariapia Lamberti y José Luis Bernal. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.
- GARIN, Eugenio, *El zodiaco de la vida*, trad. Antonio Prometeo Moya. Barcelona: Península, 1981.
- GARIN, Eugenio, *Medievo y Renacimiento*, trad. Ricardo Pochtar. Madrid: Taurus, 1986.
- KIECKHEFER, Richard, *La magia en al Edad Media*, trad. Monserrat Cabré. Barcelona: Crítica, 1992.
- NATHAN, Elia, "Inquisición, confesión y tortura en la persecución de las brujas" en Lillian von der Walde, Concepción Company, Aurelio Gonzalez (eds.), *Caballeros, monjas y maestros en la Edad Media*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Picatrix. El fin del sabio y el mejor de los medios para avanzar*, trad. Marcelino Villegas. Madrid: Editora Nacional, 1982.
- PRIANI, Ernesto, *Magia y Hermetismo*. Barcelona: Azul, 1999.
- PUECH, Henri-Charles, *En torno a la Gnosis I*. trad. Francisco Pérez Gutiérrez. Madrid: Taurus, 1982.
- SHUMAKER, Wayne, *The Occult Sciences in the Renaissance*. Berkeley: University of California Pres, 1972.
- THORNDIKE, Lynn, *A History of Magic and Experimental Science Fourteenth and Fifteenth Centuries*. New York: Columbia University Press, 1934-1941.
- WALKER, D. P., *Spiritual and demonic magic*. London: Warburg Institute, 1958.
- YATES, Frances A., *El iluminismo rosacruz*, trad. Roberto Gómez. México: FCE, 1985.
- YATES, Frances A., *Ensayos reunidos*, 2 vols., trad. Tomás Segovia. México: FCE, 1990-91.